



Editorial N° 2

Argentina y Brasil frente a la crisis mundial

Mayo, 2012

Argentina y Brasil frente a la crisis mundial

Una de las consecuencias más importantes de la crisis financiera mundial iniciada en el 2008 ha sido el aumento del proteccionismo comercial. Este fenómeno ha estado acompañado por un crecimiento sostenido de la economía china y la “invasión” de sus productos de exportación a países desarrollados y emergentes.

Las medidas para arancelarias aplicadas por la Argentina para frenar sus importaciones han ido creciendo desde el año 2008, alcanzando su máxima expresión en febrero de este año con perjuicios potenciales significativos para sus socios del Mercosur.

El efecto de China, sin embargo ha sido altamente favorable a las economías latinoamericanas, especialmente las del Mercosur, segunda región más importante en el mundo como productora de alimentos. El alza sostenida de los precios internacionales de *commodities* agrícolas ha mejorado los términos de intercambios de estas economías y propulsado un crecimiento económico significativo. Sin embargo, la otra cara de la moneda muestra una peligrosa “reprimarización” de las principales economías del Mercosur y un debilitamiento de su competitividad industrial.

De hecho, y en forma creciente, las exportaciones industriales de Argentina y Brasil se han circunscripto a los mercados regionales de América del Sur, sin capacidad de competencia en terceros mercados frente a las manufacturas chinas y aún en sus propios mercados internos. Las exportaciones industriales de Paraguay y Uruguay han tenido la misma tendencia.

Además, la continua desaceleración de las economías de Estados Unidos y Europa en los últimos años ha repercutido sobre las grandes economías de América Latina en forma directa, a través de los ciclos económicos, e indirecta a través de la desaceleración de las economías asiáticas, principales demandantes de *Commodities*.

Brasil y Argentina han respondido de forma diferente a esta crisis mundial. En el caso brasileño, las medidas proteccionistas se han limitado a la suba de aranceles de productos importados del resto del Mundo dentro de una lista que ha sido permitida por una decisión temporaria del Mercosur para todos los países miembros. Además, el gobierno de Brasil ha adoptado medidas para alentar la competitividad industrial a través de la reducción de las tasas de interés, disminución selectiva de ciertos impuestos, depreciación de la moneda e incentivos a las exportaciones industriales, incluidas las provenientes de las medianas y pequeñas empresas.

Todas estas decisiones del gobierno de Brasil se enmarcan dentro de un crecimiento económico moderado y dentro un equilibrio macroeconómico adecuado, y por lo tanto sin peligro de altas tasas inflacionarias o déficits en las cuentas fiscales o monetarias.

Con un crecimiento mucho más pronunciado que el brasileño, desde el año 2003, la economía argentina presenta, sin embargo, síntomas peligrosos. En primer lugar un crecimiento promedio del PIB del 8 al 9% en los últimos ocho años, no ha sido acompañado por una mejora de la productividad y por ende de la competitividad industrial argentina. Este crecimiento económico significativo, si ha sido acompañado de un desfinanciamiento creciente de las cuentas externas, con la salida creciente de capitales del país. Al mismo tiempo se ha producido un déficit energético mayor que ha convertido a la Argentina en un importador neto de combustibles, con sus consecuencias sobre la balanza comercial. Sumado a ello, el gobierno argentino ha aumentado sustancialmente los subsidios a los precios de los servicios públicos. Todos estos acontecimientos han tenido su impacto en las cuentas fiscales argentinas que hoy se ven resentidas ante los compromisos de pago de la deuda pública en los próximos años.

Al creciente desfinanciamiento se agregan altas tasas inflacionarias en Argentina que se acercan actualmente al 25% anual, fenómeno extraño en la región que ha logrado controlar la suba de precios a niveles adecuados, ante un crecimiento económico sostenido en la última década.

Por lo tanto las medidas adoptadas por el gobierno argentino en los últimos años hay que entenderlas dentro de este problema de desfinanciamiento de las cuentas públicas. La nacionalización de los fondos jubilatorios ha servido para aumentar los ingresos del Estado y la flexibilización en el uso de las reservas del Banco Central ha tenido el propósito de una disposición rápida de divisas, por parte del fisco para hacer frente a este desfinanciamiento. La reducción y eliminación de ciertos subsidios estatales, a principios de este año, tiene el mismo propósito. La reciente nacionalización de YPF, aunque argumenta una mayor soberanía energética para la Argentina, sirve en el corto plazo para evitar una repatriación de capitales importante, como para obtener más ganancias a partir de los dividendos generados por la empresa.

Dentro de este contexto es donde hay que ubicar y entender las últimas disposiciones del gobierno argentino de restringir fuertemente las importaciones. Estas disposiciones van más allá de la simple suba temporaria de aranceles permitida por el Mercosur para países de fuera de la zona. Apunta principalmente a Brasil y a China, países con los cuales Argentina mantiene un déficit comercial importante. Afecta al 80% de las exportaciones industriales de Brasil a la Argentina.

A lo largo de los últimos veinte años, Brasil se ha esforzado por encontrar un camino de equilibrio macroeconómico que no ponga obstáculos a una estrategia de adquirir competitividad en sectores que van más allá de aquellos en los cuales el país tradicionalmente ha gozado de ventajas comparativas (agro-industrias). Así, y a diferencia

de sus socios del Mercosur, el Brasil ha logrado competitividad internacional en sectores de media y alta tecnología industrial. Sin embargo, el aumento del costo-país y el “efecto China” pone hoy en peligro esa estrategia. Ante ello el Brasil responde, hasta hoy, con medidas proteccionistas para países de fuera de la región, y con medidas orientadas a reducir el costo-país, todo dentro de un contexto de equilibrio de las finanzas públicas y de las cuentas externas.

En el caso argentino, el logro del equilibrio macroeconómico de los años noventa ha sido acompañado del sacrificio del sector industrial con lo que la *reprimarización* de esa economía ya se había iniciado en esa época. Luego de las crisis del 2001-2002, la Argentina volvía al equilibrio macro y a un crecimiento económico fuerte, pero sin el diseño de una estrategia de competitividad industrial, aunque sí de subsidios al consumo. El costo-país en Argentina se ha elevado tanto como en el Brasil, pero hoy la Argentina carece de posibilidades de reducir este costo-país para las inversiones privadas, por el creciente desfinanciamiento de las cuentas públicas. Incluso las restricciones comerciales desplegadas por la Argentina llegan a perjudicar a su propio sector industrial que depende cada vez más de insumos externos.

Así, parece paradójico que el gobierno brasileño se muestre como el menos activo a la hora de reclamar o hacer frente a las disposiciones comerciales argentinas. Sin embargo, esta actitud tiene sentido. La Argentina se encuentra en la senda de un nuevo episodio de crisis macroeconómica que de producirse podrá tener, sobre la región, un efecto multiplicador negativo mucho más importante que aquel derivado de simples restricciones comerciales temporales.

Si algún sello de calidad ha obtenido el Mercosur a nivel internacional en la última década no ha sido precisamente por la rapidez y capacidad institucional de profundizar el proceso de integración. Ha sido por el dinamismo comercial demostrado entre sus miembros y por el logro de un adecuado y sostenido equilibrio macroeconómico que han permitido elevados niveles de inversiones para mantener un crecimiento continuo de sus economías.

Ciertamente que la agenda de encuentros entre los gobiernos de Argentina y Brasil estará incluyendo en forma creciente la situación económica argentina, como problema más relevante que las restricciones comerciales. Pero si estas últimas siguen progresando significativamente y no se detiene el deterioro de las cuentas públicas argentinas, los principales activos del Mercosur también irán desapareciendo.